

Equipo para siempre

En una casa llena de risas y juguetes, vivían tres hermanos: Eusebi, de ocho años, Biel, de seis, y el pequeño Arnau, de cuatro. Aunque se querían mucho, a veces discutían por cosas pequeñas: quién jugaría primero con el coche rojo, quién elegiría el cuento de buenas noches o quién había dejado los colores sin tapa.

Una tarde, la madre les llamó al sofá y les dijo con voz suave:

—Amores míos, quiero explicaros algo muy importante.

Los tres se acomodaron, curiosos.

—Sois hermanos, y eso significa que estaréis juntos para siempre. A veces podéis enfadaros, pero lo más importante es que os cuidéis y os ayudéis. Imaginad que sois un equipo. Si un equipo no juega unido, no puede ganar.

Eusebi frunció la frente.

—¿Y qué ocurre si Arnau me rompe el dibujo sin querer?

—O si Eusebi no me deja jugar con sus bloques —añadió Biel.

—O si Biel se come mi última galleta —dijo Arnau con vocecita.

Mamá sonrió.

—Siempre podéis hablar y buscar soluciones. En lugar de pelearos, podéis explicar cómo os sentís. Si Arnau te rompe el dibujo, puede ayudarte a hacer otro. Si Eusebi no te deja sus bloques, se lo puedes pedir con buenas palabras. Y si Biel se come tu galleta, puede compartir después su merienda. Así funciona un buen equipo.

Los tres hermanos se miraron. Sabían que no siempre sería fácil, pero también sabían que su madre tenía razón.

Al día siguiente, mientras jugaban en el patio, Biel tropezó y cayó al suelo. Se peló la rodilla y se le llenaron los ojos de lágrimas. Eusebi y Arnau corrieron a su lado.

—Te ayudo a levantarte —dijo Eusebi, ofreciéndole la mano.

—Yo te traigo una tirita —dijo Arnau, corriendo a casa.

Cuando su madre los vio juntos, sonrió orgullosa. Porque, al final del día, lo importante no era quien tenía el coche rojo o la última galleta. Lo importante era que Eusebi, Biel y Arnau siempre estarían unidos, porque eran hermanos para siempre.